

EL ARTE DE CRITICAR.

Nuria Amat

¿Somos lo que leemos?

¿Cuándo a un escritor le piden hablar sobre un tema que no conoce en profundidad y que además evita como huyen las liebres de sus perseguidores debe aceptar o rechazar el ofrecimiento?

Empiezo, entonces por admitir, que en el arte de criticar, que no de leer o de escribir, me siento como si estuviera jugando en posición de defensa en el equipo contrario. Salgo decidida al campo. Me gusta el reto en la vida y en la literatura. Escribir tiene mucho de riesgo y de aventura insatisfecha, de no estar nunca segura de lo que haces y del por que lo haces y, sin embargo, hacerlo. Escribo probando. Adelante, entonces, con las incertidumbres y las preguntas que de ellas se derivan.

¿Ser escritora me atribuye un conocimiento mayor para juzgar el trabajo de mis colegas y competidores? Se supone que así es porque de lo contrario no me habrían invitado a participar en esta mesa. A diferencia del arte de escribir, el de criticar consiste en ofrecer una valoración (objetiva o subjetiva) de las obras literarias. De ahí que cualquier lector o lectora diestros y ahítos en el ejercicio de lectura puedan estar también capacitados para dar opiniones más o menos serias sobre los libros que leen y convidan a leer a otros. Una literatura sin lectores dejaría de tener sentido especialmente porque esta crece y se alimenta de libros pasados, presentes y futuros. Pero, ¿una literatura sin crítica podría sobrevivir y seguir creando grandes obras excelsas como ha ocurrido en los siglos anteriores? Mucho me temo que sí porque la explosión de trabajos críticos y teóricos sobre el arte literario viene también determinada por una posible crisis de la gran obra única, magistral y relevante de la que estamos faltos.

Lo mejor de la literatura no es lo que decimos sobre ella sino lo que terminamos siendo gracias a ella. ¿Si es cierto que somos lo que leemos, podemos afirmar que somos también lo que criticamos? ¿Hasta que punto la crítica literaria no actúa como cicuta asesina del verdadero creador? Y algo si cabe más grave: ¿Cómo virus contagioso del lector puro y perfecto? Si la realidad ha demostrado que grandes poetas y novelistas han producido críticas excepcionales

por qué en cambio es más difícil o imposible que un crítico sensato pueda llegar a ser un buen novelista o poeta.

El crítico, está claro, en su situación de árbitro del juego, no es personaje agradable del mundo poético e intelectual. Tiene que juzgar a un autor con el mismo rigor que exige para su trabajo. Al mismo tiempo no debe dejarse influenciar por el nombre de los autores ni por ninguna otra cosa que no sea la obra literaria en sí misma. Ni escribir condicionado por la envidia, la diferencia de género, raza o condición. Es un hecho probado que también en el mundo letrado el hombre tiene tendencia a competir con la mujer pensadora en detrimento de esta. El crítico debe ser objetivo y justo. Por el contrario, a diferencia de lo exigible al crítico profesional, es propio de novelistas o poetas trabajar desde perspectivas personales en el momento de crear su obra original, por supuesto, como cuando decide valorar la obra literaria de otro autor. Una actitud subjetiva que no quiere decir partidista o interesada. En muchos casos, grandes escritores han sido también grandes críticos (en este aspecto quiero hacer un homenaje a dos grandes autoras jugadoras excepcionales de ambos bandos, Virginia Woolf y Susan Sontag). Y también ha sucedido a la inversa, aunque más excepcionalmente, que algunos críticos han logrado escribir obras literarias significativas.

Lo dice George Steiner, un caso extraordinario de pensador y crítico audaz:

“Se ha dicho que los grandes críticos son más escasos que los grandes escritores. Por el estilo de su prosa y de sus propuestas innovadoras unos cuantos críticos han sido incluidos en la literatura misma. Pero sigue en pie el hecho fundamental: años luz separan el poema o la ficción imperecederos del mejor discurso crítico. Pushkin escribe las cartas. La interpretación es vital; la composición no lo es”.

La creación está por encima de la redacción o representación, viene a ser la conclusión del razonamiento de uno de los pensadores más clarividentes de nuestras literaturas. Y tiene su intrínsculo que Steiner sea al mismo tiempo autor de obras capitales de crítica literaria y escritor de novelas más o menos malogradas.

¿Qué sucede cuando es el escritor quien se convierte de forma transitoria en crítico literario? Una tentación a la que desde hace siglos terminan sucumbiendo muchísimos autores. Novelistas y poetas se han servido de su correspondencia con colegas y amantes, de sus conversaciones y de sus memorias o diarios para ofrecernos juicios

excepcionales de crítica literaria. No puedo pasar por alto figuras como Flaubert y Kafka. En los tiempos actuales, algunos autores utilizan su propia obra narrativa para entretener valoraciones sobre otras obras o, lo que es más frecuente, entregan tiempo de trabajo a la tarea de crítica literaria o periodística. Forma parte de nuestra literatura moderna y contemporánea la labor del ensayo crítico. Para no apartarnos de América Latina autores sobresalientes han dado luz a una imprescindible labor de crítica literaria como son los casos de Borges, Paz y Fuentes y en el extremo opuesto tenemos a creadores de igual talla que los anteriores que desestimaron la función de jueces de poéticas como han sido Rulfo, García Márquez y Cortázar.

¿Donde debería situarme yo en esta geografía accidental de la literatura? ¿En qué bando de escritores? ¿Los puros o los impuros? ¿Los leales con el proceso imaginativo o los aventureros y sabios que transgreden su imaginación para inundarla de razón teórica? Prefiero quedarme en el equipo de los idealistas o soñadores. En la utopía me siento como en casa. En el análisis de la realidad de la obra ajena me encuentro como si estuviera penada a repetir cien veces en una hoja de papel escolar: no hablaré mal del prójimo. Solo hay de vez en cuando alguna excepción que ha venido a echar por tierra esta regla tan estricta. La pasión literaria. Cuando la obra de un determinado autor ha conseguido derribar mis prejuicios creadores casi sin querer, pero con voluntad de hierro, mi escritura se ha ido decantando hacia la investigación profunda de algún autor antiguo. Pienso en mi Rulfo. O en mi Dickinson. Un trabajo de años que he llevado a cabo movida por el afán interesado de descubrir el arte de escribir de dos autores admirados. Investigarlo a fondo para poder apoderarme de un secreto no siempre inviolable. Escribir sobre ellos ha sido escribir con ellos. Pero esto, mirándolo severamente, no es una labor crítica.

Escritores excelsos como Shakespeare, Joyce, Dickinson o Dante no se molestaron jamás en dedicar sus días al estudio de la obra de sus colegas. Escribir es una pasión que te alimenta por entero. ¿Cómo compartimentarla? Puedo sugerir algunos de los motivos que han llevado a escritores importantes y menos importantes a entregar su tiempo de creatividad a la crítica literaria. Si somos lo que leemos es posible que con suerte podamos llegar a ser lo más parecido a aquello sobre lo que escribimos. Al investigar sobre el trabajo de un autor y su obra el escritor pone en esta dedicación al maestro la indagación sobre una forma de crear que, en principio, le es extraña y trata de

apoderarse imaginando acaso ilusamente que el arte se puede importar gracias a este esfuerzo de inmersión en la obra ajena. ¿Y quién es capaz de negar esta posible osmosis? García Márquez aprendió de memoria dos novelas llamadas *La metamorfosis* y *Pedro Páramo* con la idea de que la repetición mental de la música de las palabras le condujera a crear él también una obra maestra. Sobre el poeta Petrarca podríamos decir algo parecido. De tanto copiar manuscritos de otros poetas se convirtió él mismo en gran poeta. Otra motivación del escritor para escribir sobre la obra de otro, dejando a un lado encargos de editores y obligaciones periodísticas, podría venir de su necesidad por encontrar una especie de familia literaria. El escritor es un abandonado de padre, de país, de lengua, el huérfano más inútil de la literatura. Escribir seriamente sobre otros autores es una forma de hacer amigos espirituales y reales. Una manera de hacer patria. No puedo obviar que la presión mediática y editorial está forzando a que los autores hablen sobre los trabajos de sus colegas. La endogamia y la rivalidad están a la orden del día en nuestro gremio. Sin olvidar el sectarismo, por decirlo suavemente, que impera en la colectividad literaria cuando en algunos casos se deja de tomar en serio a las escritoras por ser mujeres. Silenciándolas. O haciéndolas merecedoras de una crítica dirigida a debilitar su talento intimidatorio.

Vuelvo a lo que dice Steiner:

“Se puede liquidar al excesivamente dotado o ambicioso con una reseña desdeñosa de un libro o con unas referencias confidenciales negativas. Esta táctica zorruna, no siempre inocente, de insinuación o presión sexual, se ha usado a menudo contra las mujeres de talento.”

Y sigue utilizándose sin visos de que pueda repararse de forma definitiva este grave error ...

Y por último, ceder un espacio a las críticas elaboradas por novelistas y poetas que son fruto de muchos tiempos muertos de sus períodos creativos. Cuando las musas descansan en su sueño reparador, se avivan sus perseguidores a escribir sobre los libros que no han escritos ni nunca escribirán.